

nación; y ¿quién sabe? entonces servirá de almacén público de nuestras riquezas excesivamente grandes, uno de los graneros de abundancia donde nuestros nietos encontrarán el lujo de sus días de fiesta.

Con un expresivo gesto, Segismundo abrió ese porvenir de dicha general. Y se había exaltado de tal modo que le acometió un nuevo acceso de tos, vuelto á su mesa, con los codos entre los papeles, y la cabeza entre las manos, para sofocar el ronquido desgarrado de su garganta. Pero aquella vez no se calmaba. Se abrió la puerta bruscamente y acudió Busch, que había despedido á la Mechain, con la cara angustiada, sufriendo él mismo con aquella tos horrorosa. Sin detenerse, se inclinó y cogió á su hermano entre sus brazos como á un niño.

—Vamos, pequeño mío, ¿qué es lo que tienes, qué te ahoga? Quiero que llames á un médico. Esto no es razonable..... Seguramente habrás hablado demasiado.

Y miraba de reojo á Saccard, que permanecía en medio de la habitación, decididamente trastornado por lo que acababa de oír de boca de aquel gran demonio tan apasionado y tan enfermo, que, desde lo alto de su ventana, parecía echar un maleficio sobre la Bolsa, con su empeño de barrerlo todo para reconstruirlo todo.

—Gracias, os dejo—exclamó, sintiendo prisa de encontrarse fuera.—Enviadme mi carta, con

las diez líneas de traducción..... Espero otras, y ya lo arreglaremos todo á la vez.

Pero la crisis había pasado, y Busch lo tuvo un instante todavía.

—A propósito: la señora que estaba ahí hace un momento os ha conocido en otro tiempo, ¡oh! hace mucho.

—¡Ah! ¿Y dónde?

—En la calle de la Harpe, el 52.

Por dueño que fuera de sí, Saccard se puso pálido. Un estremecimiento nervioso agitó sus labios. No porque recordase en aquel momento á la muchacha de la escalera: ni siquiera había sabido que quedase embazarada, é ignoraba la existencia del niño. Pero el recuerdo de los miserables años de sus comienzos le desagradaba siempre.

—¡Calle de la Harpe! ¡Oh! no habité en ella más que ocho días, cuando mi llegada á París, el tiempo necesario para buscar casa..... ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!—acentuó Busch que se engañó, viendo una confesión en aquella turbación, y que estudiaba ya el modo de explotar la aventura.

De nuevo en la calle, Saccard volvió maquinalmente hacia la plaza de la Bolsa. Iba todo tembloroso, y ni siquiera miró á la graciosa señora Conin, cuya linda cabecita rubia sonreía en la puerta de la tienda. En la plaza, la agitación había aumentado, el clamor del juego venía á batir las

aceras llenas de gente, con la violencia desbordada de la marea alta. Era la agitación de las tres menos cuarto, la lucha de los últimos precios, la furia por saber quién se iría con las manos llenas. Y en pie, en la esquina de la calle de la Bolsa, enfrente del peristilo, creía reconocer en el confuso tropel, entre las columnas, al bajista Moser y al alcista Pillerault, los dos interesados en la refriega; mientras que creía oír, saliendo del fondo de la gran sala, la voz aguda del agente Mazaud, que cubrían por momentos los gritos de Nathansohn, sentado debajo del reloj, en el *corro*..... Salpicóle un carruaje que llegaba á escape; y de él saltó Massias, aun antes de que el cochero hubiera parado los caballos, y subió las gradas de un brinco, llevando, sin aliento, la última orden de un cliente.

Y Saccard, inmóvil y en pie, con los ojos fijos allá arriba en la baraúnda, examinaba su vida, estimulado por el recuerdo de sus comienzos que la pregunta de Busch acababa de despertar. Recordaba la calle de la Harpe, después la calle Saint-Jacques, donde había arrastrado sus botas destrozadas de conquistador aventurero desembarcado en París para someterlo; y se llenaba de furor á la idea de que aún no lo había sometido, de que estaba de nuevo en el arroyo, acechando la fortuna, insaciado, torturado por un hambre de goce tal como no la había sentido antes. Con razón lo decía aquel loco de Segismundo: el trabajo no puede hacer vivir, sólo trabajan los imbéciles y

los miserables para engordar á los demás. No había más que el juego, el juego, que de la noche á la mañana, da, de un golpe, el bienestar, el lujo, la vida regalada, la vida entera. Si este viejo mundo social debía derrumbarse algún día, ¿es que un hombre como él no encontraría tiempo y espacio para colmar sus deseos antes de la catástrofe?

Tropezó contra él un transeunte, que ni siquiera se volvió para excusarse. Y reconoció en él á Gundermann, que daba su paseito higiénico, y le vió entrar en una confitería, de donde aquel rey del oro llevaba algunas veces una caja de bombones de á franco á sus nietas. Y aquel codazo, en aquel momento, con la fiebre que se iba apoderando de él desde que andaba alrededor de la Bolsa, fué como el latigazo, el empujón decisivo. Había acabado de cercar la plaza, daría el asalto. Aquello era como el juramento de una lucha sin cuartel; no abandonaría la Francia, convocaría á su hermano, jugaría la partida suprema, un terrible golpe de audacia que pondría á París bajo sus plantas ó que lo lanzaría al arroyo hecho pedazos.

Hasta la clausura, Saccard continuó impertérrito, en pie en su puesto de observación y de amenaza. Vió desocuparse el peristilo y cubrirse las gradas con la lenta desbandada de toda aquella gente ardorosa y cansada. Alrededor suyo continuaba la invasión de la calle, una ola no interrumpida de gentes, la eterna multitud que ex-

plotar, los accionistas de mañana, que no podían pasar por delante de aquella gran lotería de la especulación sin volver la cabeza, deseando y temiendo lo que allí se hacía, ese misterio de las operaciones financieras, tanto más atractivo para los cerebros franceses, cuanto que son muy pocos de entre ellos los que lo penetran.

II

Después de su último y desastroso negocio de terrenos, cuando Saccard dejó su palacio del parque Monceaux, abandonándolo á sus acreedores, su primera idea fué refugiarse en casa de su hijo Máximo. Este, acaecida la muerte de su mujer, que dormía el último sueño en un pequeño cementerio de la Lombardía, ocupaba sólo un hotel de la avenida de la Emperatriz, donde había organizado su vida con sabio y feroz egoísmo; comiase allí la fortuna de la muerta sin cometer una falta, como mozo de salud débil, madurado precozmente por el vicio. Y sin vacilar negóse á recibir á su padre en su casa, para continuar viviendo los dos en buena armonía, según explicaba sonriendo maliciosamente.

Desde entonces Saccard pensó en otro retiro. Iba á alquilar una casita en Passy, un asilo burgués de comerciante retirado, cuando se acordó de que el piso bajo y el primer piso del hotel de